

El CV de un nadador desconocido: relatos y experiencias.

Milito, Carlos¹

Resumen

El objetivo de la ponencia es relatar las experiencias relacionadas con el aprendizaje de la natación y la necesidad de comprobar si podía mantenerme a flote y recorrer metros en el agua, sin la pretensión de competir con otros, sino conmigo mismo. Esas experiencias están intensamente asociadas con el deseo de aprender a nadar y de cómo esa práctica se incorpora a la vida cotidiana.

Para conseguir el objetivo, es necesario establecer un recorrido arbitrario; infancia, escuela primaria y deportes; la iglesia y el agua; la escuela secundaria y la pileta de algún compañero para disfrutar y divertirse; las vacaciones en el río o en el mar, cerca de la costa; el financiamiento para las primeras clases de natación; las clases y las dificultades para respirar; los profesores de natación que me ayudaron; primeros logros, en grupo; de la pileta al río, del río a una competencia de aguas abiertas; finalmente nadar con la familia, tranquilidad y deleite. Es decir intentar objetivar el proceso.

Palabras clave

Natación, aprendizaje, vida cotidiana, grupo, conquista.

El CV de un nadador desconocido: Relatos y experiencias

El objetivo de la ponencia es relatar las experiencias relacionadas con el aprendizaje de la natación y la necesidad de comprobar si podía mantenerme a flote y recorrer metros en el agua, sin la pretensión de competir con otros, sino conmigo mismo. Esas experiencias están intensamente asociadas con mi

¹ Natatorio Villa Elisa.

deseo de aprender a nadar y de incorporar esa práctica a la vida cotidiana. La autoreferencialidad en el trabajo, espero se reconozca como una discreta contribución para repensar los intereses de esta mesa, con reflexiones provisionarias que aporten al debate de los problemas de la natación.

Infancia, escuela primaria y deportes

La infancia y el agua

Lejos estuvimos del agua, mí abuela paterna, mis viejos, mí hermana y yo. Las mujeres mayores amas de casa, mi padre, obrero del ferrocarril y nosotros a estudiar.

La presencia del deporte en nuestra casa pasó por los relatos de la radio. Fútbol y box que escuchó mí padre y la lectura de algún diario, en su sección deportiva. Después llegó el televisor y sumó imágenes, insisto, de fútbol y boxeo. El automovilismo ocupaba un lugar importante en la programación de las emisoras en aquellos tiempos, pero en casa no prosperó. La natación nunca estuvo presente en las conversaciones familiares de los primeros años de vida.

En la Escuela “atletismo” y pelota

Mi infancia está asociada a la Escuela Núm. 31 de Tolosa. Desde primero inferior hasta séptimo grado, en el mismo colegio. Recuerdo que la materia Educación Física se dictó en los años superiores. Mí profesor, daba sus clase con zapatos, pantalón de vestir y un buzo bordó, de algodón. Arriba de 45 años; eran los 70 pasados y su apellido, se desdibujó con el tiempo. Su planificación se ajustó a correr carreras y jugar al fútbol en la parte de tierra del patio escolar. El agua, estaba para tomarla en el baño e hidratarnos. En las piletas también nos lavábamos las manos. El fútbol era mí juego preferido, el foco de atención y disfrute. La natación, no existió.

El club Villa Rivera

El fútbol hegemonizó la actividad deportiva de esa institución. Jugué mí primer partido de Baby, un día del niño de 1966, contra otro club de barrio, Hugo

Stunz. Incorporé la primera conciencia del juego colectivo, de la amistad; divertimos y jugar al fútbol, una maravilla. Unos años más adelante, el club recuperó el Básquet y participé de una experiencia estrecha, que me permitió conocer otra disciplina. Me interesó, pero el fútbol no tenía comparación. De forma amateur se jugaba al Tenis Criollo. Banco Provincia, alquiló las instalaciones para la práctica del Vóley Femenino, otro juego que me capturó, al igual que a mis amigos del barrio, sobre todo por lo femenino y menos, mucho menos, por la red, el pase hacía arriba y el remate.

El Club no tenía pileta, pero sí me acercó al agua. Organizaba picnics populares a Punta Lara. En esos viajes y en otros sucesivos, para disfrutar del día junto al río, conocí la inmensidad del agua. La natación no existía, pero el baño en esas aguas un poco más limpias y sanas que hoy, junto a mi madre, mí tía, mí hermana y mí prima, son inolvidables, a pesar que nuestra ciudad y sus gestiones, nos pusieron de espalda a la costa y quizás eso influya negativamente en algún estímulo posible por la natación.

La Primera Iglesia Bautista de La Plata y el bautismo por inmersión

Mí abuela Juana nos marcó con su fe religiosa al incorporar a parte de mí familia- incluido yo - a la rutina de los domingos de la calle 58 entre 10 y 11, sede de la primera Iglesia Bautista de La Plata. Muchos domingos fui privado de mí interés deportivo, para rendir homenaje a Dios. Más tarde, con los años, advertí sin culpa cristiana que mi Dios, era aquel juego en su formato de once contra once. En las clases de la Escuela Dominical una de las formas de colonización cristiana, imaginaba el gol que jamás convertiría y temía por el infierno. No eran horas felices aquella, pero sí los campamentos, porque había momentos de oración y cantos para homenajear a Cristo, sin embargo se jugaba al vóley, a la pelota y según el lugar de recreación se accedía a la pileta de natación o a un tanque australiano, donde la pasaba muy bien. Creo que fue allí donde centré mi atención en los movimientos de crol que hacía un adulto bautista, en una pileta de una quinta de Villa Elisa. En esa experiencia religiosa que duró unos cuantos años, me encontré con el agua en una doble condición que me impactó; el rito del bautismo por inmersión, y el asombro al ver a un

hombre flotar, bracear, patalear y avanzar relajado por el agua. Esto último, lo contemplé como un milagro.

En la escuela secundaria, atletismo y básquet

Mi lugar para cursar la materia Educación Física fue el denominado Estadio Provincial. Un predio inmenso, con pista de atletismo, canchas de fútbol, dos de básquet, vóley, softball, pelota al cesto, colchonetas, cajones y barras; sin pileta.

Algunos compañeros de estudio habían accedido a aprender natación y eran socios de clubes con natatorios, como Estudiantes. Los encuentros en la quinta de un compañero también me acercaron al agua, siempre con reserva, con temores, hacer pie en la pile era una cuestión de Estado para mí. Admiraba a los que se tiraban de cabeza. Envidia o algo parecido. ¿Qué hay que hacer para saltar y entrar así al agua? Intentaron solidariamente enseñarme, los panzazos fueron humillantes.

Por esta época, mi hermana, comenzaba a tomar clases de natación en el Club Universitario, motivada por alguna de sus amigas. Yo todavía no había desarrollado el interés real por nadar. De todas maneras los recursos en casa eran escasos y no se hubiese podido financiar el aprendizaje por dos.

Conclusión provisoria I

Durante la infancia y parte de la juventud, las instituciones que contribuían a conformar mi cultura deportiva; familia, iglesia, escuela, club, no me conectaron por distintas razones; ignorancia, económicas, curriculares, lúdicas, con el agua y con la natación. También mis motivaciones fueron escasas e irrelevantes.

A nadar de “grande”

La decisión

No recuerdo las razones por las cuales decidí tomar clases de natación. Ocurrió después de los 30 años. Trabajaba en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Digo trabajaba, porque la primera condición para avanzar en aprender a

nadar, fue poder financiar la actividad, es decir, pagar las clases. Asunto no menor la cuestión material.

Tomé clases individuales en una pileta que quedaba frente al departamento donde viví. Fue una experiencia breve, unos seis meses, después abandoné. Retomé un año después, pero eran tiempos de mucho trabajo. Horarios irregulares y necesidad de instalarme en la producción subordinaban las clases de nado a la incorporación y permanencia en los medios de comunicación. Hubo retornos y despedidas, todo infrecuente, inconstante, hasta reiniciar de manera regular desde el año 2005. Un poco, para hacer alguna actividad física por recomendación médica, pero en lo más íntimo, creo que fue para igualar la tranquilidad y disfrute de aquel nadador de la iglesia que hacía milagros en el agua. Siempre admiré a los hombres y mujeres que nadan en el mar, en el río o en la pileta con esos movimientos tan suaves, constantes, tan armoniosos. No hablo de los atletas de elite, que obviamente me emocionan, sino más bien de hombres, mujeres y niños que nadan y nadan y me conmueven mucho más.

El aprendizaje

El comienzo estuvo marcado por el temor al agua y a no poder superarme. Temor que persiste, pero atenuado por algunas conquistas que más adelante precisaré.

Estos son algunos núcleos de interés contruidos para repasar la propuesta de la mesa:

El grupo de trabajo: Desde hace cinco años, cuatro integrantes del equipo de aprendizaje hemos tenido regularidad y constancia. Hemos sido solidarios y hemos crecido según nuestras edades, condiciones físicas y motivaciones, nadando dos veces por semana. El apoyo que encontré de mis compañeros fue central para animarme a hacer un par de experiencias en aguas abiertas.

El estímulo que me entregan y el clima de las clases colabora para finalizar mis 200 metros de calentamiento, logro muy reciente.

Recuerdo que, en un viaje a San Pedro para hacer un kilómetro, en un brazo del Paraná, uno de los amigos llevó una malla auxiliar por si yo renunciaba a la

aventura por falta de elementos. Comprendían mis vacilaciones, pero confiaban más que yo en que podría superar la prueba. Fue central para mi confianza.

El profesor: Han sido varios y de diversos tipos. El burócrata, que suma con distancia los aspectos técnicos a considerar. El amigable, que reparte la clase en tercios, 50% de conversaciones intrascendentes, 15% de descanso y 35% de natación. Los duros; son concentrados, se entregan, suman al desarrollo y se aprende. Los Maestros, trabajan todo el tiempo, no se conceden una tregua, planifican el año, las clases, te alejan de la resignación, confían en vos y no exigen lo que no podés dar, porque saben que te acercan a la frustración. Proponen desafíos que ratifican el compromiso con nadar, con el grupo y con correr los límites propios; trabajan en la pileta, pero saben que hay experiencias interesantes, en las lagunas, el río y el mar, dar vueltas a islas y te ponen siempre en una situación de mejora, de conquista.

Del nadar: Es importante expresar la alegría del encuentro pedagógico en el agua y destacar que la natación se sumó a la vida cotidiana desde el disfrute y no desde la obligación.

Mi problema más serio es la respiración; regular la toma y la expulsión del aire. Me canso y no he podido resolver esta dificultad. También es verdad que he avanzado en el volumen de nado, lo cual indicaría un progreso, pero muy limitado.

El otro tema es la patada, me canso mucho, me cuesta sostenerla para mantener la posición correcta en crol y espalda. Siento que me voy para abajo y que no logro sostener un ritmo con regularidad. Toda la demanda para avanzar se ubica en los brazos. Las prácticas con patas de rana me ayudan mucho.

Algunos logros:

Tirarme de cabeza: Después de tanto tiempo he podido evitar el “panzazo”; ocurrió el año pasado. No poder lograrlo me daba vergüenza e ingresaba a las piletas “como escondido”. Es inimaginable la satisfacción que tengo por haber alcanzado ese logro.

Nadar: Es decir, mantenerme a flote, con brazadas y patadas; primero en la pileta con pocos metros, luego con más volumen. En síntesis, sumar metros al final de la clase me parece una ilusión. Creo haber conseguido cerca de mil metros en distintas clases, lo que significa, una gesta acuática.

Nadar en aguas abiertas: Fueron tres experiencias, una en San Pedro 1 Km. Luego, dos en San Nicolás, de 2 kms., la primera de reconocimiento, la segunda en competición; "El Yaguaron". El común denominador de las tres fue el temor a no llegar, a no poder nadar tantos metros; simbólicamente a hundirme. Lo logré, en las tres oportunidades, por estas razones: el coraje que contagió el equipo, el cuidado de la profe y su aporte silencioso a la construcción de mi confianza, esposa e hijos (la familia) que estimularon el interés por la aventura y nunca dudaron que lo lograría y la voluntad que puse para intentarlo.

Desafíos

La vuelta americana: Todavía no está lograda. Me entra agua por la nariz y me paraliza. No voy con mucha confianza y eso posterga la conquista.

Nadar mariposa: Con muchas dificultades me he aproximado a realizar algo parecido a la onda y he logrado sacar los brazos de manera poco ortodoxa y patear de manera irregular, pero animado para no renunciar al estilo.

Nadar en el mar: Un sueño que he planteado en el grupo. Pasar el rompiente y poder ver la costa desde adentro. Homenajear desde allí a todos los nadadores que ví desde la playa e imaginaba acompañar.

La natación en la vida cotidiana

El lago Boca del Río dique nivelador está en Traslasierra, Córdoba. Allí pasamos las últimas vacaciones en enero. Fueron unas vacaciones compartidas con amigos. El dique aliviador tiene 14 metros de profundidad y el ancho alcanza los 250 metros aproximadamente. Nadaba por la mañana y también por la tarde. Tomaba mi torpedo y cruzaba desde la casa hasta el camping. Nunca antes lo hubiera hecho. Disfrute de esa posibilidad de deslizarme en el dique todos los días. Pero eso no fue todo. Le regalamos un botecito a mi hijo de 7 años; él y con el resto de la familia, nos divertimos

mucho con el obsequio, porque lo utilizamos muchísimo. Jugamos con los chicos en el agua con tranquilidad. Siempre con respeto y elementos de seguridad. El aprendizaje de natación impactó en el deleite de las últimas vacaciones; más oportunidades para gozar de la naturaleza y mucho más relajados.

Hubo una situación irregular, una mañana me tiré a cruzar el dique, sin saber que mi amigo salió detrás. Al llegar a la costa, escuche que me llamaba para que le alcanzara el torpedo. Mi amigo nada, pero no estaba entrenado para cruzar esa longitud. Se acalabró, hizo la plancha y me llamó. Pude acercarme, le cedí el torpedo, descansó y llegamos bien a la orilla. Recuperados volvimos nadando pecho, sin problemas. Lo que ocurrió me puso a prueba y pude auxiliarlo. Mi amigo con algo de humor, me dijo que temió hundirse y que le había salvado la vida, una forma de agradecer exagerada. Fue un reconocimiento y yo me sentí muy bien.

Algunas conclusiones provisorias

1. Las instituciones educativas, religiosas, deportivas y familiares que acompañaron mi formación entre 1966 y 1977 no estimularon el acercamiento a la natación
2. No hay aprendizaje de natación sin financiamiento propio o institucional
3. Aprender a nadar de grande es una oportunidad maravillosa para disfrutar del deporte, del agua, de las vacaciones en familia y con amigos; de la vida
4. No hay aprendizaje solitario. El grupo, el profesor, el reconocimiento de la familia y amigos y la propia decisión y voluntad para intervenir en experiencias nuevas, son centrales para crecer en el nado y consolidar la identidad
5. Sin una política institucional, es decir, líneas de acción explícitas, que contengan lo específico, lo pedagógico y lo humano; no hay proyecto, no existe la conquista en la pileta, en aguas abiertas, ni el sueño del mar.

He intentado un relato cuya excusa ha sido mi relación con la natación, con la idea de jerarquizar en el territorio de las prácticas y saberes de este deporte, las formas y modos simples de nadar, casi invisibles, que se presentan en la sociedad local, donde se juega la valentía, la dignidad y la convicción más profunda que habrá una próxima vez para visitar el agua y mejorar.